

El jardín de los delirios

Omar G. Villegas



EL JARDÍN DE LOS DELIRIOS

Colección Lumía

El jardín de los delirios

Colección Lumía

Serie Poesía

D.R. © Textofilia S.C., 2012.

D.R. © Omar G. Villegas, 2012.

D.R. © Portada "Compadres" (Detalle) de la serie Asuntos familiares de Javier Areán, 2006.

D.R. © Diseño de interiores y portada Textofilia S.C.

Textofilia Ediciones

Morena 1205, Int. 4,
Col. Narvarte, Del. Benito Juárez,
C.P. 03020, México, D.F.
Tel. 55 75 89 64

editorial@textofilia.com
www.textofilia.com

Primera edición.

eISBN: 978-607-7818-55-7

Hecho en México.

Made in Mexico.

Agradecemos a Javier Areán por su apoyo para la realización de esta portada. Para más información del artista y su obra: www.javierarean.com

Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización por escrito de los editores.

[EL JARDÍN DE LOS DELIRIOS]

*Eres un mismo tema revolcado
por la rutina, la obsesión y el ensimismamiento.*

[DESEOS]

SE BUSCA AMANTE

Se busca amante para compartir unas horas del día. No tiene que ser el más carita ni tener los músculos de un modelo. De hecho, esos cuerpos esculpidos en gimnasios, quirófanos y consultorios me resultan antipáticos. Prefiero las señales evidentes de tentaciones abrazadas y placeres gozados, culpas ignoradas y hedonismos insaciables.

No tengo un tipo, aunque me atraen las barbas de arbusto y el desparpajo; quizás algo más altos que mis 1.70 metros y más robustos, capaces de envolver mi extraña delgadez de 61 kilos; tal vez de ojos grandes y expresivos y, de preferencia, de manos desproporcionadas con dedos anchos y aplanados, con palmas casi ásperas. Los pies, si se puede, también que sean vastos. Pero estos gustos no son condiciones, claro.

Abstenerse los arrogantes, déspotas, insensibles, gritones, ignorantes, avaros e imbéciles. Sobre todo los imbéciles, porque reunirían en un mismo ser tantas miserias. Más bien se busca un amante apasionado, capaz de la ternura, desinhibido, honesto, intrépido, inquisidor de dogmas, sediento de saberes. Inteligente no es pretencioso ni sabiondo, sino proclive al arte de prestidigitar.

Se busca amante para compartir lo mejor de mi mundo. Para pasar algunas horas haciendo el amor, riendo, viendo películas o paseando por algún rincón; para platicar ocurrencias, bailar en avenidas estresadas o cantar en la ducha; para leer poesía en algún balcón o rodar por pequeñas pendientes cubiertas de pasto.

No se exigen horarios ni exclusividad. Si tú o yo estamos de malas, o no se trata de un buen momento, nuestras horas de amantes se guardan para otros instantes propicios para el coqueteo. Y si frente a nosotros, juntos o por separado, aparecen otros amantes: seremos libres de actuar como mejor nos parezca, mas con honestidad.

Se busca amante que reconquiste día tras día y que a diario se deje cautivar; que no le tema a robar un beso y que ayude a subir el garrafón de agua. Que guste de la comida hecha con un

cariño casi maternal. Me gusta cocinar y consentir, eso te ofrezco.

He de aclarar que no te podría ofrendar nalgas exuberantes, ojos verdes o facciones apolíneas. Acaso puedo presumir de cierto encanto y de una curiosidad tumultuosa. Tuyos serían mi biblioteca, mis devedés y mis revistas; mis ardores y mis dudas; mi inacabable paciencia.

Te ofrezco mi generosa espalda con sus marcas de acné y algunos vellitos irreverentes. Lo mejor de mi mundo por unas horas al día en las que no trastoquemos las obligaciones ni los placeres solitarios. Un pecho para acurrucarte y unos brazos para arroparte. Una casa a la cual correr si llueve y un plato de pasta. Una cerveza fría para el calor y vino verde. Frutos y dulces para el antojo y el cosquilleo constante de un pastel.

Te ofrezco horas pletóricas de risas y besos; de caricias y, posiblemente, alguna caminata agarrados de las manos o... tú sugiere.

HUMEDAD

Eleva tu marea e inúndame / desborda mi boca / ahógame / borbotea / deshiela tu frente contra mi cuello / rompe tus olas contra mis piernas erosionadas / huracanea mis oídos / rocía mi voz / arrásame / arrásame como una avalancha de nieve que azota la playa / cávame / cávame y aráñame / deposítate.

Llena mi cuerpo.

LA DESPEDIDA EN GARE DU NORD

Helaba y Gare du Nord era un hervidero de pasajeros. En medio estábamos Sylvain y yo. Habíamos pasado unos días juntos durante mi visita a París aquel invierno.

Nos conocimos azarosamente en la estación la tarde de mi arribo. Todo fluyó sin contratiempos. En el trajinar de horarios, trenes y hartazgos se olvidan las formalidades ante lo evidente. Sylvain era delgado. De piel apiñonada. Su rostro: afilado y varonil. Su familia era de origen argelino. Él nació en París. Hablaba un francés hechizante, y no, no todos los que hablan francés cautivan. En él, el idioma tenía un tono delicioso por ese apenas perceptible acento extranjero. Aunque en esa boca cualquier lengua adquiriría una sabrosa musicalidad.

Poco después del primer encuentro acabamos en una cama en algún recoveco de París. No es preciso aclarar dónde. En la gélida París cualquier rincón tibio es un edén. Su cuerpo desnudo era irresistible: sólido, sin grasa. Olía a sudor de todo el día. Supongo que su trabajo exigía gran esfuerzo; nunca le pregunté. Pasamos varios días juntos antes de la despedida en Gare du Nord. Yo tenía que volver a España a continuar con mis estudios. Él tenía que quedarse en Francia para ganarse la vida.

Los días con Sylvain fueron marcados por caminatas nocturnas en callejuelas ajenas a los turistas. Conocí un rincón del Sena que quizá ningún visitante había pisado. Yo apenas me atreví a explorarlo; sólo cuando Sylvain me dio la mano. Sí, a todos nos sale lo cursi alguna vez. Conocí París desde las alturas de un cuarto de azotea. Probé de su boca el vino tinto más barato y exquisito.

Sylvain y yo estábamos en Gare du Nord viéndonos. Mi maleta a un costado en el piso. Le sonreí y en mi precario francés le dije lo que a nadie antes ni después de él: "Te amo". Él sonrió y me cerró el ojo. Pareció que iba hablar cuando me agaché por el equipaje. Lo siguiente que le dije fue adiós. Él me dijo adiós y se dio la media vuelta. Yo caminé hacia el andén y no, no fue como en las películas, yo sí volteé y él no. Encendió un cigarro y salió tiritando. Yo me subí al tren queriéndole tanto. París se tragó a

Sylvain y no lo he vuelto a encontrar en mis regresos. Sólo me gustaría saber si aquella vez me quería decir algo. Tal vez no.

CRUELDAD MEXICANA

Una hirviente noche cualquiera del verano salmantino nos ligamos un griego y yo en el único bar gay decente de la ciudad. Y decente es un halago para esos lares de la avejentada Castilla y León. Nos miramos. Me acerqué a donde él estaba, en dirección a la barra, y me habló. Intercambiamos en español unas frases que en su mayoría he olvidado. Clichés seguramente.

Como sucede en esos casos, al platicar comenzamos a acercar una mejilla con la otra, un dedo de la mano con otro, algún pliegue de los jeans con otro. Yo le veía insinuante, al menos eso intentaba, y él anhelante, al menos eso parecía. Hablábamos cada vez más cerca hasta que se suscitó la primera fricción, levísima, de labios. Sus gestos de deseo comenzaron a combinarse con una angustia incomprensible. Cuando ya los toqueteos habían llegado a lo reiterativo como la música alta y el bullicio, lo miré fijamente y me acerqué a su boca. Podía oler su sudor perfumado y su aliento a alcohol. Entonces él sonrió y asestó: "Los mexicanos son crueles", dijo. Ahora mis coqueteos se combinaron con el asombro y pregunté: "¿Por qué?". Él respondió: "Es que todos son así: provocadores, crueles. Terribles".

Más que ofenderme la sentencia me llenó de tal confianza que me aventuré a robarle un beso. Él se echó un poco para atrás. "Ves, son terribles", repitió. Volví a sonreír y me encogí de hombros. Él añadió: "Ahora estoy muy ebrio y temprano debo trabajar, pero ven mañana a la misma hora y verás". Ese verás sonó excitante, tanto que su apariencia inocua, como esas tras las que se esconden las personalidades más perversas, reverdecía. Le vi extraordinario: vigoroso, pelo encrespado y castaño, de perfil davidciano. "Mañana aquí te busco", prometió más relajado. Yo me despedí con un beso en la mejilla. Por supuesto que le rocé la entrepierna. Le agarré la mano mientras me alejaba. La solté cuando había avanzado y le di la espalda. Alavez podría decirse que sentí en ese momento. Alavez y certeza, certeza de que no regresaría. Y no volví. Sí que somos crueles los mexicanos, aun contra nosotros mismos.

AMORES INENARRABLES

Por mi cama pasaron los hombres más admirados de la historia. ¡Qué inteligencias las suyas! Aunque yo no los recuerdo precisamente por sus hazañas intelectuales, sino por las amatorias. Por sus talentos artísticos e intelectuales se les cree genios, pero si como yo hubiesen conocido sus habilidades de cama no los considerarían humanos, sino dioses. O demonios.

Sobre todo recuerdo a uno: el Che le decían. El guapo revolucionario odiamaricas. Al Che lo conocí en algún rincón de Cuba. Me encantó su desparpajo de macho y sus ojazos utópicos que algo de idiotas tenían.

Sí, ya veo venir a los reporteros con sus preguntas incómodas y a los historiadores con sus tratados y cronologías. Unos para conocer mis intimidades y otros para echarme en cara mi error. Cualquiera psiquiatra estaría encantado de refundirme en el manicomio. Pero yo no le creo a la historia ni a la cordura, sólo a mi desmemoria.

A todos mis amantes los quise por igual porque todos hacían un solo hombre que hasta el mismísimo Dios padre desearía ser. Alguna vez contaré mi andar junto a ellos y cómo es que nos hicimos amantes.

Nunca nos quisimos. Es por eso que nadie sabía de mí. Porque yo no me dejé torturar por su amor ni su genialidad. A mí sólo me prodigaron placer. No me dedicaron libros, revoluciones o pinturas. Tampoco se los pedí. Pero no crean, les respetaba. ¿Qué es más complicado de obsequiar que el respeto, a ver? Amar, cualquiera.

Nunca hicimos un trío o actos de esos que los chamacos de ahora practican tan cotidianamente como tomar agua. Eso sí, nos entregábamos en totalidad: ellos a mí y yo a ellos.

¡Qué años! Viajes trasatlánticos sólo para bucear en sábanas distintas con hombres inusuales. Casi no paseábamos. A veces salía con alguno de ellos de día de campo. Las pocas, porque la cama era nuestro búnker. Sin embargo, el tiempo pasa y uno muere. Yo aún no, pero ellos sí. Bueno, no todos. Al Che aún lo siento en la piel y en la memoria. Tenía que ser a aquel odiajotos

que nunca me dejó crecer la barba y gustaba decirme “mamacita”, como aquel chalán que me gritó lo mismo en el metro. ¡Vaya insolencias que debo soportar a mi edad!

PUPILAS ABISMALES

Él que me quiere me extiende la mano para sacarme a bailar. Acepto. Él que no me quiere, pero me provoca, está en el salón. Él que me quiere comienza a balancearme. Él que no me quiere observa. Él que me quiere me mira; correspondo. Él que no me quiere platica, finge displicencia. Él que me quiere me envuelve fuerte: cierro los ojos y le abrazo. Él que no me quiere presta atención: lo presiento. Censuro los párpados, los aprieto para no avistar al que no me quiere. Le declaro la guerra a las ansias de arrojarme a sus pupilas. Lucho. Entonces, se oye el silbido de un peso muerto. La nubecita de polvo allá abajo cubre el final.

DISYUNTIVA

Miro hacia el frente y me veo caminando entre almacenes y glamurosas avenidas. Huelo a exquisita fragancia, visto ropa de última, degusto platillos en lujosos restaurantes, leo las obras maestras en cafés decorados con elegancia. Camino con la mirada alta y el cuerpo imperturbable. Entonces...

te intuyo detrás de mí. Volteo. Estás descalzo y con una botella de alcohol barato en la mano, con la frente empapada como tu barba de días, con bermudas y playera deterioradas. Corres por campos de magueyes y nopales, sobre suelos terregosos tapizados de hierbas y piedritas que raspan las plantas de tus pies bajo un sol que, con pausa, cede a aquellas nubes grisáceas que se acercan entre las montañas. Parpadeo...

y es de noche. Aparecen grandes edificios y autos iluminados. Desaliñado, deambulas por callejuelas avejentadas. Te diriges hacia los congales en los que tomas como bestia tarros de cerveza, en los que despliegas tu insolencia y sádico encanto, en los que escudriñas los rincones a la caza de juveniles carnes morenas. Azota...

el impulso de seguirte me azota. Quiero andar a tu lado por parajes indómitos. Dudo. Deseo fragmentarme. La desesperación me aplasta y tú te pierdas en la oscuridad...

a donde mire: oscuridad.